

FORMACIÓN OCUPACIONAL: EL PUNTO DE VISTA EMPRESARIAL

Jesús Maza Burgos *

Resulta difícil tratar de exponer en algunas líneas el papel de la Escuela de Hostelería y Turismo en la Formación ocupacional, ya que, a mi juicio, éstos han sido dos conceptos que han seguido caminos en principio paralelos e incluso al final divergentes.

Comprenderán ustedes que como director de una Escuela de Hostelería del estilo de la nuestra, es decir, de carácter absolutamente privado y con un objetivo muy claro, cual es el de conseguir que la Hostelería sea reconocida a nivel universitario y a nivel social como una profesión clave en nuestra economía, mi visión de la formación ocupacional, tal y como está planteada actualmente en nuestro país, sea bastante crítica, porque hasta la fecha no tiene uno más noticias de ella que por el dinero que la Administración emplea y no por los resultados que podamos observar.

En líneas generales, no sólo en la Hostelería y Turismo, mi opinión es que el planteamiento actual de la formación ocupacional no es sino una alternativa al desempleo, una formación puramente estadística y sin el debido seguimiento de objetivos, control

de resultados, etc., una vía de financiación encubierta de centrales sindicales, organizaciones empresariales y empresas, que con la excusa de realizar actividades para sus afiliados, presentan un programa de formación que responde a unas necesidades coyunturales, pero que en absoluto alcanza el objetivo de toda actividad formativa, cual es la mejora cualitativa de los recursos humanos de un país.

Creo que el error está en el punto de partida. Queramos o no, cada cual sabe de lo suyo, y esto es válido hasta para los profesores. Últimamente ha habido una corriente de opinión que ha decidido afirmar sin pudor que en las Escuelas, Universidades, Institutos, etc., no se aprendía lo que la empresa necesitaba, y, de repente, ha aparecido una serie de nuevas autoridades académicas, integradas por personas que se dedican a cualquier menester, pero que ante el descenso de la actividad económica se han quedado con tiempo libre y han decidido dedicarlo a la enseñanza, siendo esta iniciativa refrendada y aplaudida desde todos los sectores, incluso desde la acomplexada profesión de maestro.

* Director de la Escuela de Hostelería de Sevilla.

Y está bien que alguien con experiencia quiera aportarla para que otros más jóvenes la conozcan y la utilicen, incluso es muy interesante que la empresa sea escuchada y dé su opinión acerca del tipo de profesional que deseen incorporar, las carencias formativas actuales, las nuevas necesidades del mercado, etc. Pero la enseñanza debe estar en manos de profesionales, de gente que no sólo piense en el momento actual, sino también en el futuro.

Todo este conjunto de factores y otros muchos que podrían ustedes citar, son para mí el motivo del fracaso de una política formativa, insisto, de carácter estadístico y exenta de todo matiz académico. Se trata de número de personas, horas lectivas, horas de prácticas, etc., cantidad frente calidad, parches frente a planificación.

Y es en este punto donde las Escuelas tenemos un papel fundamental que jugar. El alumno que se forma no finaliza su formación al acabar el curso. ¿Qué sería de cualquier profesional que hubiese estudiado una carrera si al terminar sus estudios desapareciera su Escuela? Todos los que hemos pasado por cualquier Universidad en rara ocasión hemos vuelto a ella, pero sabemos que está ahí, somos sensibles a sus noticias, nos sentimos identificados con sus nuevos valores, nos agrada ver las diferentes promociones que van saliendo. Y todo eso pertenece a la formación. Si ésta cae en manos de organizaciones sin tradición, sin solvencia académica, o sencillamente que no son punto de referencia del alumno una vez que éste acabe sus cursos, lo único que conseguiremos será una formación superficial, que no se consolidaría nunca, y que aban-

donará al alumno cuando haya cubierto sus objetivos, estadísticas, y de manera especial cuando haya cobrado la subvención.

La formación es *a priori* un negocio fácil, no precisa grandes inversiones, sólo alguien que actúe de profesor, un lugar para dar las clases y un grupo de alumnos. Cualquiera que lleve trabajando algunos años es capaz de contar cosas muy interesantes, divertidas y que serían muy válidas si se enfocan debidamente.

El problema nos lo encontramos cuando nos damos cuenta que después de gastar mucho dinero en pagar profesores, materiales y alumnos no conseguimos que la cualificación profesional mejore. Quizá haya una leve mejoría los primeros meses, pero nunca acabará de consolidarse.

Evidentemente, es de justicia reconocer las honrosas excepciones que podemos encontrar a este panorama, con empresas que han establecido planes de formación internos cuyos resultados empiezan a hacerse notar, alguno de los cuales se sientan en esta mesa. Pero hay que darse cuenta que en aquellos casos en que los resultados han sido positivos normalmente se ha creado una estructura de Escuela, más o menos independiente del funcionamiento de la empresa, con unos objetivos propios, claramente definida, es decir, se ha creado una Escuela y los resultados comienzan a llegar.

Creo que la Escuela como concepto tiene que jugar un papel clave y central en la formación ocupacional y en cualquier otro tipo de formación, al igual que se deben crear o

fomentar los cauces oportunos para que la empresa, el trabajador y cualquier agente social que participe en algún momento del negocio pueda traer sus inquietudes a la Escuela y centrar en ella todas las actividades formativas, de manera que el alumno se encuentre realizando su aprendizaje rodeado de profesionales, tanto de la enseñanza como de su propio oficio.

La fórmula es bien sencilla y hace mucho tiempo que está inventada, pero, a mi juicio, será difícil de llevar a la práctica. Como dije antes, en la actualidad la formación ocupacional supone una de las principales fuentes de financiación de los agentes sociales de este país; además, tanto los sindicatos como las organizaciones empresariales han redescubierto en la formación una antigua fórmula de adoctrinamiento y proselitismo a la que difícilmente van a querer renunciar. En un país con tan escaso nivel de afiliación sindical o empresarial, las actividades formativas gratuitas suponen una forma más de justificar el papel de estas organizaciones en la sociedad.

En resumen, y antes de explicar brevemente la experiencia de la Escuela de Hostelería de Sevilla, creo que el papel de las Escuelas de Hostelería y Turismo en la formación ocupacional debe ser tan clave como que no es demasiado lógico que la enseñanza, sea del tipo que sea, no se encuentra en el foro adecuado y dirigido por personas expertas y con la adecuada capacidad pedagógica, aparte de que es necesario que el alumno vea la continuidad de la institución en el tiempo e identifique claramente, y sin ambages, la vocación académica de la entidad en donde se hubiera formado. Junto

a ello habrá que fomentar los canales de comunicación entre los diferentes agentes sociales y la Escuela para que éstos no caigan en el error tradicional de enseñar al margen de la realidad.

Por lo que respecta a la experiencia de nuestra Escuela, hay que señalar que hemos intentado poner en marcha un proyecto académico que aúne empresa y escuela, en el que los alumnos, desde el día que llegan, se encuentran inmersos en un mundo tan real como cualquier otro. Para ello se ha unido una empresa hostelera en funcionamiento como "La Taberna del Alabardero", con una peculiar instalación en Sevilla que reúne hotel, cafetería y restaurante, junto a una Caja de Ahorros de larga tradición en Sevilla con unos objetivos sociales muy concretos, a la vez que una densa trayectoria en formación a través de su Obra Social.

De este modo se crea en el año 1993 la Escuela de Hostelería de Sevilla, que pretende ofrecer una doble dimensión: por un lado, lograr que la hostelería alcance cuanto antes la condición de carrera universitaria, y que de ese modo se consiga de manera paulatina el reconocimiento social de estas profesiones, y que de esta forma sea posible que la llegada de nuevos valores a este sector no sea sólo por tradición familiar o por una vocación desmesurada, sino que se convierta en una alternativa más a considerar para cualquier estudiante de BUP y COU.

Junto a ello, la Escuela quiere ofrecer a los profesionales actualmente en activo la posibilidad de acceder a la formación necesaria para su reciclaje dentro del ámbito académico adecuado, donde se combinen

los procedimientos pedagógicos tradicionales, las nuevas técnicas de enseñanza, así como la experiencia de profesionales.

Otro aspecto que quisiera destacar de este proyecto es que se puso en marcha de manera inmediata, es decir, se hicieron los estudios económicos y de viabilidad necesarios, se pusieron de acuerdo los socios, y comenzamos a trabajar. En el mes de mayo de 1993 empezamos a anunciar el comienzo del curso para octubre, y llegaron las primeras peticiones. Con ello quiero decir que desde el inicio no nos vimos sometidos a tener que esperar ningún tipo de subvenciones oficiales de las que dependiese nuestro proyecto, sino que éste se concibió como algo rentable, como un negocio que debería lograr su continuidad con el tiempo mediante el equilibrio en sus presupuestos, el control de gasto y el logro de los adecuados niveles de calidad que permitiese renovar cada año nuestros objetivos y mantener la confianza de nuestra clientela en lo que estábamos haciendo. De esta manera conseguimos un nuevo punto de encuentro entre la tradición académica, ajena en ocasiones a la rigurosidad de la cuenta de resultados, y la realidad de la empresa, sometida de lleno a tensiones financieras y económicas.

Esa independencia de subvenciones públicas ha tenido diferente resultado en cada una de las dos dimensiones de nuestro proyecto, ya que mientras que en lo que se refiere a la Escuela como carrera para jóvenes estudiantes de B.U.P. y C.O.U nos hemos visto sorprendidos y desbordados por las peticiones de ingreso en nuestra Escuela, sin embargo, en los cursos dirigidos a profesionales en activo el resultado ha sido jus-

tamente el contrario, es decir, a duras penas hemos logrado completar algún curso, y cuando lo hemos hecho el nivel de los asistentes distaba mucho de ser profesionales de primer nivel, y han sido muchas las ocasiones en que nos hemos visto obligados a suspenderlos, hasta el punto de que para este año hemos replanteado definitivamente nuestra estrategia en este sentido.

Cabe preguntarse ante el fracaso de este enfoque en si es que los cursos programados no son interesantes, si es que en realidad no hay necesidad de reciclaje, si los profesores no son buenos... No creo que nada de ello sea cierto. La explicación hay que buscarla en otros factores bien distintos.

Por un lado, la formación encaminada hacia el reciclaje de profesionales en hostelería no es apreciada por éstos, a mi juicio debido, entre otras cosas, a su gratuidad, que ha adulterado definitivamente la posición del alumno frente a la formación, colocándolo en una posición pasiva frente a la postura activa necesaria para cualquier enseñanza.

Por otro lado, al existir la posibilidad de formación gratuita, hay quien se sorprende de que pueda existir formación de carácter oneroso, y la descarta de manera absoluta. Junto a ello, la escasa tradición de Escuelas en ciertas zonas de nuestro país hace que el alumno desconfíe de todo lo que no sea formación en Suiza, Francia, etc.

Por último, el factor humano es también un elemento clave, ya que, de manera especial en la hostelería, existe un gran porcentaje de profesionales con una procedencia

ajena a la Escuela y que, por tanto, presenta cierta aversión y recelo a cualquier tipo de formación que pudiera denotar sus carencias. En este sentido tenemos que reconocer que un buen número de personas que trabaja en nuestro sector lo hace de manera temporal o, cuando menos, estacional, por lo que tampoco son sensibles a la formación para el reciclaje.

Frente a estos factores hemos replanteado nuestra estrategia en la formación ocupacional, trazando un plan que, comenzando en el 95, nos llevará hasta el año 2000, combinando las diversas ayudas públicas a la formación para lograr reducir algo el coste de ésta, pero que a la vez pretende crear toda una estructura de Escuela que absorberá a la estructura actualmente existente, con la creación de departamentos al estilo de la Universidad, mediante las que se pueda canalizar la investigación de nuevas técnicas, y que al mismo tiempo seguirá con su estructura de empresa hostelera, abierta al público a diario, y donde se puede contrastar el aprendizaje de las aulas con la realidad de la empresa.

En definitiva, como resumen de todo lo expuesto, creo que el papel de las Escuelas de Hostelería y Turismo en la formación ocupacional es clave y debe ser determinante si queremos alcanzar los niveles de eficacia deseados. Pero como propuesta concreta, me atrevería a decir que sería conveniente revisar las fórmulas actuales de concesión de ayudas y subvenciones a la formación. Particularmente, nunca he creído en las economías subsidiadas, salvo en caso de extrema necesidad, de las que en nuestro país tenemos algunas, pero no es ni mucho menos el caso de la formación.

La formación no necesita subvenciones directas, sino que se debe apoyar a la empresa que invierte en ella mediante desgravaciones o cualquier otro tipo de medidas fiscales o laborales, pues dar dinero a fondo perdido para la organización de cursos inconexos supone, para mí, una absoluta pérdida de tiempo. Las subvenciones directas a la formación crean clientelismo, la adulteran y, salvo honrosas excepciones, rara vez permiten conseguir sus objetivos.

Tenemos que enseñar a apreciar lo que vale la formación, tenemos que conseguir que sea algo querido y deseado por cualquier persona, y difícilmente lo vamos a lograr haciéndolo de manera gratuita.

Se deben crear los sistemas de becas, desgravaciones, incentivos, etc., para que la formación alcance a todo el que realmente lo necesite y de verdad esté dispuesto a aprovecharla.

La formación puede ser un buen negocio, puede tener unos resultados sociales muy importantes, pero debe estar en manos de profesionales, personas a las que nos podamos dirigir una vez que nos hayan formado, lugares a los que podamos volver en el momento que lo necesitemos. Por todo ello, la Escuela debe tener un papel clave en la formación ocupacional.

Pero, como es lógico, todo ello no se puede conseguir mañana, hay que trazar un horizonte de no menos de diez años, y quizá para entonces podamos haber conseguido algún resultado concreto.